

nes de la Carta primitiva y en cada una de esas ediciones pudo haberse dado un paso de gigante hacia el conocimiento de la verdad.

En 1850 se recibió en la Biblioteca de la Institución, un "Estudio sobre el estafiate," publicado por el eminente sabio D. Leopoldo Río de la Loza, que tanto supo distinguirse como químico y naturalista. Las obras de este ilustre mexicano que hay publicadas, son las que siguen: "Análisis de las aguas de Atonilco;" "Agua potable de Teotihuacán;" "Almejas;" "Azufre y Salitre;" "¿Debe preferirse como purgante el protocloruro de mercurio preparado al vapor?" "Drogas medicinales;" "Nuevo papel reactivo;" "Nuevo procedimiento para obtener el bicloruro de mercurio;" "Efectos de la tarántula administrada al interior;" "Introducción al estudio de la Química;" "Opúsculo sobre los pozos artesianos y las aguas naturales de más uso en la ciudad de México;" "El alumbrado de gas;" "El lenguaje científico;" "Un vistazo al lago de Texcoco, su influencia en la salubridad de México, sus aguas, procedencia de las sales que contiene;" "El aerolito de Yanhuatlán;" "El líquido tintóreo de la Baja California;" "Dictamen sobre el aerolito de la Descubridora" y muchos artículos notables publicados en los periódicos científicos.

Todos los opúsculos citados son verdaderamente notables por el acopio de doctrina que contienen; pero el más importante y de mayor mérito científico, es sin duda el que se titula: "Opúsculo sobre los pozos artesianos," en el cual el Sr. Río de la Loza muestra una profundidad de saber que asombra y maravilla.

Las obras de Río de la Loza son características por la concisión y sobriedad de estilo, por los vastos y sólidos fundamentos científicos en que apoya sus conclusiones y por la utilidad práctica de los asuntos que estudia. En el "Opúsculo sobre los pozos artesianos y las aguas naturales de más uso en la ciudad de México," demuestra el Sr. Río de la Loza, un profundo conocimiento de la hidrografía del Valle de México; en ese opúsculo se ponen de manifiesto los principios higiénicos relacionados con la cantidad indispensable de líquido que se necesita para el uso diario de cada individuo y se hace un estudio analítico tan concienzudo de las aguas que se gastan en la ciudad, que con ese sólo trabajo bastaría para que se formara la reputación de cualquier químico, por la minuciosidad y extensión de los conocimientos que á cada paso se manifiestan en los análisis cualitativos y cuantitativos hechos para llegar al conocimiento exacto y á la determinación precisa de los complejos elementos que entran en la composición de las aguas naturales de más uso en la ciudad de México.

El sabio cuanto modesto químico Leopoldo Río de la Loza, es una de nuestras glorias más legítimas, según acabamos de verlo, siquiera sea muy brevemente, y como hombre privado, toda su biografía se condensa elocuentemente en la brevísima y honrosa inscripción grabada sobre su tumba: «Consagró su vida á la enseñanza de la juventud.»

El año de 1862 recibió la Biblioteca de la Sociedad el primer tomo de la obra: «Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México,» por D. Francisco Pimentel.

Esta obra interesante y utilísima fué concluida algunos años después y ha servido, entre otras cosas, para resolver en parte las complejas cuestiones sobre la primitiva población americana y en ella se enumeran metódicamente las diversas razas que han habitado y habitan en el país, clasificándolas con relación á su parentesco.

Esta obra ha sido ya juzgada en diversas ocasiones por notables ingenios, y por lo tanto sería casi una temeridad emitir cualquier juicio sobre ella; por lo mismo, bastará reproducir la opinión que formó de esa obra la comisión revisora de la Sociedad; dice así:

«No es esta una de aquellas producciones vulgares ó de circunstancias, que hablan sólo á la imaginación y que mueren con la curiosidad pasajera de su época; es, sí, un trabajo original de grande esfuerzo que sólo pueden desempeñar capacidades de cierto orden y que vienen á enriquecer el caudal de conocimientos lentamente acumulados por los siglos.»

Durante el año de 1863, la Sociedad llevó á término uno de sus más importantes trabajos: el plano hidrográfico de una parte del Valle de México. Ese plano fué levantado por algunos de los miembros de la Sociedad, de reconocidas aptitudes; es bastante exacto en su parte topográfica, la cual se apoyó en una base geodésica que fué la primera que se midió en el país, siendo medida por los autores del plano. Esta carta en extremo curiosa, se extiende de N. á S. desde El Salto hasta las poblaciones situadas en la ribera austral de los extinguidos lagos de Xochimilco y Chalco, y de E. á O. sólo alcanza una corta extensión que abarca las corrientes y depósitos que existen dentro del Valle, con todos los elementos necesarios para formarse una buena idea del desagüe.

La explicación de este plano la hizo el Sr. Orozco y Berra en una memoria que se publicó en el Boletín de la Sociedad.

Hasta este momento se ha estampado en la presente reseña histórica el ilustre nombre del inmortal sabio mexicano D. Manuel Orozco y Berra, por ser este el lugar que cronológicamente le corresponde; pero si del merecimiento se tratara y no del

tiempo, ya se comprende que entre los primeros hechos que se hubieran asentado, habría sido el que trata de los relevantes méritos científicos del señor Ingeniero y Lic. D. Manuel Orozco y Berra.

Este hombre ilustre por todos conceptos, fué autor de las siguientes obras:

«Noticia Histórica de la Conjunción del Marqués del Valle,» «Diccionario Universal de Historia y Geografía,» «Apéndice al Diccionario Universal de Historia y Geografía,» «México y sus alrededores,» «Memoria para la Carta Hidrográfica del Valle de México,» «Geografía de las lenguas y Carta etnográfica de México,» «Memoria para el plano de la Ciudad de México,» «Materiales para una Cartografía Mexicana,» «Historia de la Geografía de México,» «Historia antigua de México» y multitud de artículos interesantísimos, insertos en diversos periódicos. Los más notables de estos artículos son: «La Cruz del Palenque,» «Estudio de Cronología Mexicana,» «Posiciones de varios puntos del Imperio Mexicano,» «Alturas sobre el nivel del mar,» «Dedicación del Templo Mayor de México,» «Ensayo de desciframiento jeroglífico,» etc., etc.

Esta labor científica representa un efectivo de veintidós tomos, por lo que se refiere únicamente á las obras, sin tener en cuenta los opúsculos y artículos sueltos publicados en la prensa periódica, por lo mismo el juicio que de esa labor pudiera hacerse, tendría que ser extensísimo y naturalmente está fuera de los límites de esta ligerísima reseña; pero si un juicio crítico es imposible por la razón expuesta, algunas ligeras indicaciones acerca de esa labor no sólo son oportunas, sino indispensables.

En la «Noticia Histórica de la Conjunción del Marqués del Valle,» expone el Sr. Orozco y Berra, la significación clara y precisa de muchos diversos acontecimientos que son notables y encierran sumo y positivo interés por su transcendencia social y política; todos sus juicios, todas sus apreciaciones se ven sólidamente fundadas porque logra reunir el caudal necesario de sentimiento y de inteligencia para identificarse con los personajes que estudia, resultando de esa identificación que los hechos aparecen tales como fueron.

El «Diccionario Universal de Historia y Geografía» y su «Apéndice,» están lejos de ser una enciclopedia, es verdad, pero en ellos se encuentran abundantes, curiosas y variadas noticias históricas; muchas biografías interesantes y que sólo allí se tienen, un riquísimo acopio de artículos descriptivos, todos relativos á México y los cuales han prestado y prestarán siempre magnífica ayuda al geógrafo y al historiador.

«México y sus alrededores» está formado por una bonita y apropiada colección de vistas fotográficas tomadas por Charny, con un texto explicativo del Sr. Orozco y Berra; dicho texto está formado por una colección de artículos cuyo mejor elogio está en el nombre del autor.

«La Geografía de las lenguas y Carta etnográfica de México,» fué el primer trabajo de este género que se emprendió en México y es la demostración tangible de la incesante laboriosidad del Sr. Orozco y Berra. Esta obra dió á la Patria la gloria de que el nombre de su autor fuera honrado en el extranjero y de que sea citado con encomio por todos los sabios del mundo.

La «Memoria para el plano de la ciudad de México,» es en extremo útil y curiosa; se divide en dos partes: en la primera hay muchos y muy importantes apuntamientos y datos para la historia cartográfica de la ciudad, noticias sobre el levantamiento del plano, triangulación, vueltas de horizonte, posiciones geográficas, observaciones meteorológicas, datos sobre la evaporación, superficie de la ciudad y una lista general de las calles, plazas y plazuelas. La segunda parte es de una importancia tan grande como la primera; pero de muy diversa índole: trata de los principales edificios y establecimientos, de los cuales hace el autor breves, pero completas é interesantes relaciones históricas.

Parece increíble que una labor como la que va citada sea la obra de un solo hombre; pero este hecho aparece mucho más increíble incluyendo las dos obras que faltan de citarse y que constituyen los timbres más gloriosos para el sabio maestro, para el erudito historiador y geógrafo, Manuel Orozco y Berra, honra de México y orgullo de los humanos. Las dos obras que faltan de citarse son: «Materiales para una cartografía mexicana é Historia antigua de México.»

Una y otra dan idea de lo que era Orozco y Berra como investigador y como coleccionador.

En los «Materiales para una cartografía mexicana» se da razón de las ideas geográficas de los aztecas, de cómo representaban las aguas y las tierras, de cómo eran sus planos geográficos y topográficos y demuestra claramente lo que valía Orozco y Berra como coleccionador, advirtiendo que en esta obra se registran «tres mil cuatrocientas» cartas entre generales, particulares, hidrográficas, de vías de comunicación, planos científicos, planos del antiguo territorio, de líneas divisorias, icnográficos, administrativos, topográficos y mapas históricos de viajes, comprendiéndose en este número las cartas de las subdivisiones correspondientes de cada una de las diez y seis secciones en que se divide la obra.

Esta somera revisión de las obras del eminente historiador mexicano, da idea, siquiera sea remota, del empuje moral de Orozco y Berra, quien era querido, respetado y profundamente admirado de propios y extraños. Cada vez que Orozco y Berra abría los labios, era para derramar torrentes de sabiduría; su lenguaje era sencillo y pintoresco, no había en él intrincamientos soporíferos de frases rebuscadas y rimbombantes; sus más profundas concepciones eran expuestas con una sencillez y una elegancia admirables, siendo perfectamente comprensibles para los cerebros deprimidos, y profundas, maravillosas y riquísimas para los cerebros privilegiados; su admirable deducción lleva encadenada la inteligencia por un estrecho y florido sendero, hasta llegar á la certidumbre y el convencimiento.

La mejor prueba de los méritos del maestro está en que cuanta corporación científica ó literaria conocía algunas de sus obras, trataba inmediatamente de contarle entre sus miembros; así es que perteneció al Ateneo Mexicano, á la Sociedad Lancasteriana de Puebla, á la Academia Nacional de Ciencias y Literatura, á la Sociedad Humboldt, á la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, á la Sociedad Científica de París, á la Sociedad de Mejoras Materiales, á la Compañía Lancasteriana de México, á la Sociedad Mexicana de Historia Natural, á la Sociedad Concordia, al Liceo Hidalgo, á la Sociedad Minera Mexicana, á la Sociedad Protectora de Artes y Oficios de Veracruz, á la Sociedad Popular Mexicana del Trabajo, á la Sociedad Alianza Literaria de Guadalajara, á la Academia de la Lengua de México, correspondiente de la española de Madrid, á la Real Academia de la Historia de Madrid, á la Sociedad Arqueológica de Santiago de Chile, á la Sociedad Geográfica de Roma, á la Sociedad Arqueológica de París, á la Sociedad de Artesanos Unidos de Mazatlán y al Congreso de Americanistas.

Entre los escritos notables del Sr. Orozco y Berra, deben citarse: el estudio sobre "La Cruz del Palenque," ya citado y que se publicó en el periódico "El Artista" y el "Estudio de Cronología Mexicana," también citado arriba. Este estudio precede á la edición de la antigua crónica de Tezozomoc, publicada por el Sr. D. José María Vigil, quien acerca del "Estudio de Cronología Mexicana, dice:

"Esta materia ha ofrecido en todos tiempos varias dificultades para la coordinación de los hechos que constituyen nuestra historia antigua. La diferencia que se nota entre los historiadores primitivos de México sobre punto tan capital, ha creado un verdadero caos en que es difícil orientarse sin emprender previos estudios é investigaciones en que se necesita la pacien-

te constancia del erudito. Pues bien, el Sr. Orozco y Berra ha dado cima á este trabajo primero en su género, y en el cual, después de exponer por orden sucesivo los diversos sistemas que han creado los autores, después de señalar sus defectos asignando el origen de ellos, entra de lleno en la cuestión resolviéndola en nuestro concepto de una manera satisfactoria y estableciendo las verdaderas bases á que hay que atenerse en materia tan importante. El servicio que con este estudio ha prestado el Sr. Orozco y Berra á la Historia patria, es de verdadera transcendencia, porque ha venido á poner luz y orden donde sólo reinaban confusión y tinieblas."

Respecto á la «Historia Antigua de México,» dice uno de los biógrafos de Orozco y Berra:

"Fruto es esta obra de largos años de investigaciones y profundo estudio; concéntrase en ella, por decirlo así, el tesoro de ciencia acumulado por su autor en los mejores días de su vida. ¿Por qué —se nos dirá acaso— por qué existiendo al presente numerosos libros en que se puedan estudiar las materias que abraza la última producción de Orozco y Berra, éste no acometió otra empresa cuya originalidad fuese el primer aliciente para desear conocerla? ¿Vino á revelar sucesos no comprendidos en los escritos de sus antecesores? ¿Pretendió hacer la luz en el caos de la historia mexicana, porque se sentía superior á los que le precedieron? No: el sabio mexicanista, lo hemos dicho ya, era más que modesto, humilde, y aunque pudo gloriarse de haber dado cima á una tarea de aquellas que sólo acometen los hombres superiores, carecía de toda pretensión. En el plan de su "Historia Antigua" consiste lo original del trabajo; en el feliz desenvolvimiento de ese plan estriba su mérito sobresaliente.

"Hasta hoy, cuanto se ha escrito sobre los orígenes de la Sociedad en que vivimos, adolece del gravísimo defecto de considerar los hechos bajo un solo punto de vista. Unos á otros han venido los autores copiándose, permítasenos decirlo de este modo, y de aquí ha resultado que, aunque no escasean los libros que de nuestra historia antigua tratan, encamínase con mayor ó menor sinceridad á un solo punto: á pregonar la grandeza de los conquistadores, su heroico brío, y las ventajas de la nueva civilización por ellos implantada, atenuando, si es que lo confiesan, los crímenes aquí perpetrados por los guerreros españoles, apoyándose en autoridades á ellos propicias, y no haciendo sino rarísima vez mención de los escritores indígenas, cuyo testimonio, á pesar de su validez, no se ha querido tomar en cuenta. Fácil es comprender que de semejante criterio no podía desprenderse en toda su desnudez la verdad histórica, cu-

yo esclarecimiento parece que debía haber sido el solo norte de esos autores.

“Reconociendo esos errores Orozco y Berra, se trazó una nueva vía, conforme á los principios de la ciencia moderna, y, escritor concienzudo, llamó en su apoyo lo mismo al ibero que al azteca, buscando la verdad en los escritos de éste, confirmada por ciertas preciosas confesiones de aquel.

“El colorido de los cuadros que Orozco y Berra ha trazado, no puede ser más verdadero. Ha restaurado otros á su primitiva y pura luz, y lo ha hecho con tal acierto, que bien puede decirse, por avanzada que parezca esta opinión, que ha pronunciado la última palabra acerca de la antigua historia de México, reuniendo en un solo cuerpo de obra cuanto se encuentra esparcido en gran número de volúmenes que sólo poseen ciertos y muy contados bibliógrafos eruditos, y cuanto se ha descubierto en estos últimos años, en manuscritos de cuya existencia no tuvieron noticia sus predecesores.

“Brillantísima, y sobre todo completa, es la parte que de la civilización azteca trata. Allí se tiene cabal idea de la grandeza moral de aquel pueblo cuyos conocimientos científicos eran superiores, y con mucho, á cuanto podía esperarse de él, atendida su total incomunicación con el antiguo mundo.

“Allí está fielmente trazado el cuadro de sus adelantos artísticos, y en una palabra, allí se encuentra todo lo que puede ambicionarse saber para juzgar con exactitud de la verdadera grandeza del imperio destruido por las armas castellanas.

“Para dar una idea de la segunda parte, en que trata del hombre prehistórico, habríamos menester algunas páginas. La ciencia moderna ha hecho de la paleontología un auxiliar poderoso de la historia, y por lo mismo su aplicación á la nuestra era, puede decirse, la base de que tenían que partir los estudios de Orozco y Berra. Así lo hizo, con notable supremacía á los que antes se han dedicado á escribir sobre nuestras cosas, y de luminoso califican los entendidos en la materia, el trabajo realizado por él.

“Lo que en otro lugar dejamos dicho sobre la dedicación de Orozco y Berra desde su juventud al estudio de cuantas obras se han escrito sobre la historia antigua de México, nos ahorra aquí de entrar á hacer nuevas consideraciones, con relación á la tercera parte del libro.

“La última, demandaba el más recto criterio filosófico. La conquista ha tenido muchos historiadores, y para no caer en los mismos errores de que adolecen las obras de aquellos, era necesario proceder conforme á distinto plan. El de Orozco y Berra ha consistido en depurar la verdad á costa de laboriosí-

simas investigaciones, y si pudiera decirse que alguna parte de su “Historia” es superior á las demás, acaso concederíamos la preferencia á la última. Tan acabada así es; tanta luz derrama; tan evidente demostración alcanzan en ella los puntos más controvertidos; tan imparcial y justiciero se descubre á Orozco y Berra en aquellas páginas.”

Aun quedaría mucho más que agregar á este juicio, acaso ya sea demasiado extenso para un trabajo como el presente; pero los méritos de Orozco y Berra son tan claros, tan luminosos y tan relevantes, que siendo aquel sabio tan modesto como lo fué, logró, sin embargo, alzarse tanto, que entre los hombres de valer sobresale y se yergue como se yergue y sobresale la nivea cima del Popocatepetl entre las alturas todas de la Sierra Madre, y esto á pesar de que el mundo recompensa con más frecuencia las apariencias del mérito que al mérito mismo.

En 1867 sufrió la Sociedad una interrupción en sus trabajos; esta interrupción queda clara y terminantemente explicada por el Sr. García Cubas, Secretario entonces de la Asociación, en la reseña histórica que presentó en Diciembre de 1869. Dice así:

“Los últimos acontecimientos políticos suspendieron las funciones de la Sociedad en los primeros días que siguieron al triunfo de la República, y mientras el Gobierno resolvía la reinstalación. La pérdida de algunos objetos pertenecientes á su archivo y biblioteca, y las eficaces solicitudes de algunos socios, determinaron al C. Ministro de Fomento á fijar su atención en tan importante asunto, y al fin quedó instalada la Sociedad con diecisiete miembros nombrados por el Gobierno y elegidos de entre los antiguos socios. Nuestro apreciable y digno consocio el Dr. Durán, cuya pérdida lamentamos, se hizo cargo, en unión del Secretario D. Aniceto Ortega, de todo lo que á la Sociedad pertenecía.

“La Sociedad nombró inmediatamente á los funcionarios que debían desempeñar en el año sus cargos de Vicepresidente y Secretarios conforme á las prescripciones del reglamento, resultando electos, para el primero, nuestro distinguido consocio el Sr. Lafragua; para primer Secretario el Sr. D. Aniceto Ortega, y para segundo el que suscribe.”

Sin embargo de lo expuesto por el Primer Secretario, la Sociedad no se reanimó, como era de esperarse, las sesiones no se verificaban con regularidad por falta de número competente de asociados, y así lo manifestó el Sr. García Cubas en su informe citado.

Dice así: «Con tan limitado número de socios como el señalado por el Gobierno, era de todo punto imposible la marcha

de la Sociedad, pues siendo la mayor parte de aquellos empleados ó Diputados, muy difícil se hacía su reunión, y casi nunca había sesiones por falta de número.

“No debo omitir los hechos que indico—continúa diciendo—porque aun cuando se refieren á un período anterior al de mi cargo de Secretario, ellos marcan la época de mayor peligro para la existencia de la Sociedad y justo es que se consignent para que la Nación conozca la perseverancia que mostraron algunos de sus miembros para conjurar aquel peligro.”

Este peligro fué hábilmente conjurado por el ilustre sabio D. Leopoldo Río de la Loza, que presidía entonces la asociación, siendo secundado con empeño y eficacia por los Sres. García Cubas y Payno, secretarios primero y segundo respectivamente, y por los socios Malanco, Hay, Cornejo y algunos más, quienes lograron mejorar la situación de la Sociedad, dando mayor impulso á sus trabajos y llevando al seno de ella nuevos miembros.

Sin embargo, todos estos esfuerzos no eran aun suficientes, las relaciones que mantenía la Sociedad con las extranjeras de su género, eran muy limitadas y sólo se reducían al cambio muy irregular de sus respectivas publicaciones.

Durante el año de 1870 la Sociedad se vigorizó algún tanto y en 1871, el Secretario D. Eligio Ancona daba cuenta de que hasta entonces la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística no había recibido más que siete números del Boletín de la Sociedad de Geografía de París, tres del de la Sociedad Italiana de Geografía, uno de la de Dresde, dos números de las Observaciones Meteorológicas del Real Colegio de Belem de La Habana, tres números del Boletín de la Real Sociedad Geográfica de Londres, uno de la Revista de los progresos de las ciencias exactas, físicas y naturales de Madrid y quince cuadernos de la Relación mensual del Departamento de Agricultura de Washington.

Como se ve, bien poco era esto; pero en ese mismo año de 1871 y bajo la Presidencia de Orozco y Berra primero y de D. Ignacio Ramírez después, la Sociedad dió á sus trabajos un impulso vigoroso: aumentó el número de sus miembros muy ventajosamente; buscó tanto en la capital de la República como en las principales poblaciones de los Estados á los hombres amantes del progreso para llevarlos á su seno; inició empresas científicas de notoria importancia y tuvo en casi todas sus sesiones proyectos que dieron fecundos resultados.

Así, pues, la Sociedad volvía como en sus primeros tiempos á ser el propulsor científico de todo lo que era útil en el país; volvía á ser representante de las ciencias mexicanas como lo

había sido desde 1833; pero no podía ser de otro modo, puesto que su muy ilustre Vicepresidente, el Sr. Ramírez, era el hombre apropiado y progresista para utilizar y dirigir los buenos elementos con que se contaba.

Ignacio Ramírez, que ilustraba con su elocuente palabra y con su profunda ciencia todas las cuestiones que se sometían á su criterio, por árduas y complexas que fueran, imprimió á la Sociedad el sello de su carácter activo y desarrolló ventajosamente sus elementos; aquel hombre eminente y grande entre los grandes, que siendo Ministro de Justicia y Fomento, en uno de los períodos más críticos de nuestra historia contemporánea supo mostrarse tal como era, asumiendo la responsabilidad de la exclaustración de monjas, prevenida por la ley de 5 de Febrero de 1861; tan abundantes y de interés tan palpitante son las citas anecdóticas que pueden hacerse de la vida pública de Ramírez, que sería difícilísimo hacer algunas de esas citas, porque no es posible elegir entre todas y por lo tanto parece más justificado omitirlas todas, con tanta mayor razón cuanto que para juzgar al Vicepresidente de la Sociedad, basta con citarlo como hombre de letras.

A este respecto dice uno de sus biógrafos:

“Ramírez, literato eminente, humanista en la extensión de la palabra, conocedor de varios idiomas, excelente naturalista, poseía como Voltaire, conocimientos universales, nociones enciclopédicas, y como aquél, castigaba los vicios sociales por medio del ridículo y de la sátira. Si Ramírez hubiera vivido en épocas menos tormentosas y hubiera podido recopilar todo lo que escribió, la colección de sus artículos sería leída, devorada; pero habiendo tenido que llevar una vida errante, constantemente de aquí para allí á causa de las revoluciones del país, sus trabajos literarios existen diseminados en los diversos Estados por donde anduvo durante su larga carrera de hombre público, por esta causa la colección de sus obras, tanto en prosa como en verso, es altamente difícil encontrarla, y sin embargo cualquiera de ellas que se tenga á la vista, da á conocer el genio. Si un madrigal de ocho versos hizo pasar el nombre de Gutierre de Zetina á la posteridad, ¿por qué cuando se trata de Ramírez, si podemos presentar de él una pieza literaria, acabada con ese fuego y esa animación que conservó hasta sus últimos días, no había de suceder otro tanto?”

“Una sola oración de Demóstenes ó de Marco Julio bastaría para fijar su imperecedera reputación. Mas á pesar de lo difícil de coleccionar sus artículos sueltos, el Sr. Ramírez, ó sea «El Nigromante,» jamás desde su juventud dejó de escribir, y multitud de colecciones de periódicos están engalanadas con su

letras, pudiendo recordar solamente por ahora: «D. Simplicio,» en 1847; «El Deucalión» y «El Porvenir,» en Toluca; «El Pacífico,» en Mazatlán; «El Siglo XIX,» «El Correo,» «Las Cosquillas» y «El Mensajero,» en México; «El Clamor Popular,» «El Monarca» y «El Monitor.»

En «El Siglo XIX» se manifestó digno sucesor de D. Luis de la Rosa, Otero y Morales, y respecto á los demás periódicos que tanta sensación causaron en la República, él mismo fué el fundador. Sus discursos, obras maestras, están diseminados como impresos sueltos, y los que de palabra improvisó en las reuniones políticas y en las asociaciones literarias y científicas, como el Liceo Hidalgo, la Sociedad de Geografía y Estadística y en las Cámaras de Diputados, hubieran merecido un taquígrafo: su palabra fácil y fluida, convencía y arrebatava.

Basta lo expuesto siquiera sea tan breve como lo es, para que se sepa muy á la ligera quién fué el hombre eminentemente sabio, ardientemente patriota y absolutamente inquebrantable que estuvo al frente de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística desde el 5 de Enero de 1872, hasta el momento en que se hundió en las sombras de su tumba, repitiendo aquellos delicadísimos, filosóficos y elocuentes versos suyos:

¡Madre Naturaleza! Ya no hay flores
Por do mi paso vacilante avanza.....
Nací sin esperanza ni temores,
Vuelvo á tí sin temores ni esperanza.

En Enero de 1881 se hizo cargo de la Vicepresidencia de la Sociedad, el eminente literato D. Ignacio M. Altamirano, cuyo sólo nombre es un rayo de gloria para las letras nacionales.

¿Quiénes, de todos cuantos lo conocieron, pueden haber olvidado al Maestro?

Al evocar su recuerdo, ¿quién deja de ver el gesto elocuentísimo de aquella cara inteligente y expresiva? ¿Quién dejará de recordar aquella palabra tan fácil como amena y tan sencilla como elocuente? ¿Quién no guarda con santo cariño y eterna gratitud, una sola, cuando menos una de tantas enseñanzas como á cada momento y en cada ocasión vertía?

Yo por mí sé decir que en más de una ocasión he bendecido desde lo más íntimo de mi alma la memoria del Maestro, porque en más de una ocasión he podido alcanzar lo que valían las enseñanzas de aquel fecundísimo y privilegiado cerebro, y por lo mismo más de una vez he evocado desde lo íntimo de mi alma, con infinito cariño y filial ternura al inolvidable Maestro, á quien no puedo menos de tributar todo género de homenajes.

El Sr. Altamirano tuvo verdadero cariño por la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, y por eso siempre hizo todo esfuerzo por aumentar su reputación; trajo á su seno importantes discusiones, en las que se oían notables discursos; aumentó considerablemente el personal de socios afiliando personas de indiscutibles merecimientos por su talento y su ciencia; aumentó y mejoró notablemente la Biblioteca, á la cual dotó con muchas enciclopedias y diccionarios de las lenguas más conocidas, debiendo consignar que una de las cosas en que el Maestro fijó su atención y cuidado, fué en la copilación de libros referentes á la Historia patria, y debido á eso la Biblioteca de la Sociedad cuenta con una escogida y numerosa serie de historiadores y cronistas que tratan de nuestra Historia exclusivamente.

Las obras principales del penúltimo de los Vicepresidentes que han tenido esta H. Sociedad, son las siguientes: una colección de poesías que tituló: «Rimas.» Las novelas: «Julia,» «Clemencia,» «La Navidad en las Montañas» y «El Zarco.»

Diversos juicios críticos, tales como el de «Medea» y el de «Baltasar.»

Innumerables prólogos de gran mérito para libros de sus discípulos.

Diversas biografías entre las que descuellan la de «Hidalgo,» el Padre de nuestra Independencia, y la de «Ignacio Ramírez,» á quien ya conocemos.

Una variada y valiosa colección de «Revistas Literarias.»

Por fin, sus «Paisajes y Leyendas,» sus incontables artículos políticos, científicos y literarios y sus magníficos discursos.

En 1889 recibió el nombramiento de Cónsul General de México en España, con residencia en Barcelona y á causa de este nombramiento dejó la Vicepresidencia de la Sociedad en 17 de Agosto del año citado, fecha en la cual ocupó el sillón nuestro actual Vicepresidente el Sr. Lic. D. Félix Romero, cuyos méritos son de todos bien conocidos y por todos bien apreciados y muy especialmente de aquellos que, como el autor de estas líneas, han podido conocerlo un poco más por haber tenido la satisfacción de ser sus biógrafos.

He llegado al término de mi jornada sin más contrariedad que el natural y fundado temor de no haber llenado mi cometido como es mi deseo y como la Sociedad merece; pero me halaga expresar que los esfuerzos de mi insuficiencia, acaso estériles, han estado vigorizados por todo el esfuerzo de mi voluntad, y Maistre lo ha dicho: «Es necesario no ser muy severos con los hombres de buena voluntad.»